



# HOMENAJE

Obituario al antropólogo  
Enrique “Quique” Martínez

1 Presentación a cargo de Guillermo Castiglioni y Laura Kostlin.

2 Carta de Roberto Abínzano:  
“Adiós al amigo”

3 Carta de Víctor Rosenfeld:  
“El amigo Quique”

4 Carta de Gabriela Schiavoni:  
“La cuestión agraria en clave antropológica”

5 Carta de Guido Diblasi:  
“Quique y los libros”

6 Carta de Cecilia Lanzone:  
“Un antropólogo multifacético: Homenaje a Enrique Martínez desde las Ciencias Naturales”

7 Carta de Santiago Lacorte:  
“Quique Martínez: de Consejero de Dirección Regional en INTA a amigo personal”

8 Carta de Antonio Zamudio:  
“Enrique Ernesto Martínez. In memoriam” (UNaM).

9 Carta de Carlos Lettner:  
“Rosas rojinegras para Quique”

# Homenaje al antropólogo Enrique “Quique” Martínez

Por Guillermo Castiglioni / Laura Kostlin

Cuando comenzamos a idear la sección **Homenaje** para este 4to Número de *La Rivada*, pensábamos abordar los estudios sobre el campesinado en la región. Este tema había sido uno de los que más preocupó a las ciencias sociales vernáculas y sobre el cual se produjeron gran cantidad de libros y artículos, razón por la que creíamos merecía integrar la sección **Homenajes** de nuestra publicación, repasando las principales líneas teóricas y los estudios de campo sobre el tema y planteando los tópicos centrales del debate actual. Para lograr ese cometido pensamos en convocar a los principales referentes y especialistas del medio, entre ellos, al antropólogo, Enrique “Quique” Martínez.

Lamentablemente, su fallecimiento nos sorprendió en enero de este año y fue entonces que, como equipo Editorial, decidimos postergar el homenaje a la temática del campesinado y dedicar esta sección a “Quique”, cuya trayectoria y aportes como docente e investigador de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales y de la Facultad de Ciencias Exactas, Químicas y Naturales y su desempeño en otros ámbitos como el INTA, han dejado una profunda huella entre quienes tuvieron la suerte de tenerlo de profesor, colega, compañero de trabajo o amigo.

Fue así que, con la espontánea colaboración de muchas personas que quisieron escribir una semblanza de Quique o con las de aquellas que accedieron a nuestro expreso pedido, y fundamentalmente, con la ayuda de su compañera, la antropóloga y profesora Lila Sintés, hemos reunido una serie de cartas de personas que lo han conocido y compartieron parte de su vida y su trabajo, relaciones de amistad y compañerismo en diversos momentos de su vida, con el propósito de rendirle un merecido homenaje.



Universidad Nacional de Misiones

Las cartas que presentamos a continuación reconstruyen en su conjunto recuerdos distantes y recientes, reviven anécdotas, destacan momentos y experiencias compartidas. Nos muestran diversas cualidades de Quique, en sus curiosas rutinas, en su amor por los libros y en la pasión y seriedad para defender sus ideas y compartir su sabiduría como así también, en su desempeño como docente e investigador, en su dedicación al estudio, en su rigurosidad y talento para abordar los más variados temas sin dejar de ser fiel a sus convicciones. Asimismo, las palabras aquí reunidas destacan los duros años de la dictadura, los exilios propios y ajenos, la estadía en Costa Rica, la vuelta al país, su llegada a Misiones e inserción en la Universidad, entre tantas muchas otras experiencias vividas junto a su familia, amigos y compañeros de trabajo dando cuenta de la trayectoria de una persona que nunca fue ajena a los vaivenes políticos que agitaron al país, la provincia y sus instituciones.

Invitamos entonces a los lectores a conocer a este destacado profesor de nuestra FHyCS a través de estas cartas que constituyen un afectivo obituario con que el Equipo Editor de *La Rivada*, alejado de toda solemnidad pero aún conmovido por su ausencia, rinde un homenaje al hombre y al profesional.



Universidad Nacional de Mar del Plata

## Adiós al amigo

Por Roberto Abinzano<sup>1</sup>

Murió Enrique Martínez. Fue, probablemente, el último antropólogo que creía en una antropología integral que reuniera, en un sólo modelo explicativo complejo, las propuestas científicas sobre el hombre en general. Su teoría insignia, que blandía críticamente pero sin claudicantes heterodoxias, fue el materialismo histórico. Nunca se dejó tentar por las veleidades postmodernas. Su curiosidad era inagotable y eso lo llevaba a una erudición fértil que transformaba en docencia y que no era pura ornamentación. En una reciente reunión del *Café Científico* de Posadas, nos brindó una sólida conferencia sobre el proceso de evolución. Ese era, posiblemente, el tema que más amaba y el núcleo de su visión antropológica. En esa oportunidad dijo: “*quizá la cultura no es otra cosa que la forma más sofisticada de la evolución biológica*”. Cito de memoria, pero por suerte aquella disertación fue filmada y podremos disfrutarla nuevamente.

Conocí a Quique hace más o menos cincuenta años. Fue en el Museo Etnográfico de Buenos Aires y lo comencé a tratar en la sucursal del Museo, que era el mitológico bar de “Aníbal”. En ese ámbito copado por los estudiantes, profesores, investigadores y *habitués* del museo en general, se iniciaron nuestras charlas que abarcaron medio siglo con las interrupciones e intermitencias que nos impuso la vida.

Podría relatar innumerables anécdotas de situaciones vividas con Quique, historias de todo tipo. Pero prefiero restringirme en estas páginas a las cuestiones más profundas que hacían a su personalidad.

Todos los que lo conocieron saben que se trataba de una persona muy especial. Sus chalecos y bolsos repletos con los más extraños objetos, que no podía dejar de trasladar como si se tratara de una extensión de su persona, eran la contrapartida de una personalidad muy despojada de toda esa parafernalia. Porque Quique era, esencialmente, auténtico; conciso en sus convicciones debido a su coherencia; firme en sus ideas científicas y políticas. Nunca cambiaba de rumbo bruscamente despegándose de su base esencial. Sabía analizar las coyunturas.

---

<sup>1</sup> Profesor Emérito de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales-UNaM.



Universidad Nacional de Misiones

Como compañero de estudios, preparando materias, noche tras noche hasta bien avanzado el día, era un “cadenero” que arrastraba a su ritmo plagado de pequeños rituales. No leía nunca nada por arriba, era minucioso, y con su lápiz específico para cada fin, escribía sus comentarios en los márgenes. Había que seguirle el tren o desertar. Él jamás se presentaba a rendir un examen sin saber todo el programa y si tenía críticas que formular a las bibliografías obligatorias, que eran innumerables, siempre lo hacía con fundamentos y no de “oídas”.

Quique fue uno de los tantos compañeros expulsados de la UBA por la trilogía fascista: Ivanisevic, Ottalagano y Sánchez Abelenda. Hubo una dispersión de todos los que apoyábamos la gestión de Hugo Ratier y luego comenzamos a reencontrarnos en la casa de Quique y Lila, su compañera de siempre, la que amó a lo largo de este itinerario misterioso que llamamos: la vida. Luego ambos partieron hacia Costa Rica donde Quique se graduó de Máster en Sociología Rural, ya que otro de sus temas preferidos y en el cual realizó siempre aportes fundamentales fue el campesinado.

Cuando regresó a la Argentina, viajé a Buenos Aires y nos reencontramos. Allí surgió la propuesta de su radicación en Misiones. Durante un tiempo, vivió en mi casa y allí pudimos hablar extensamente de su experiencia en Costa Rica y de lo que le esperaba en su inserción en la universidad. Más tarde, se unió también Lila Síntes, su compañera en la vida, la profesión y la educación de dos hijas maravillosas que estoicamente atraviesan esta dura prueba porque, como me dijo una de ellas, heredaron una biblioteca y unas enseñanzas imborrables de ética, de ciencia, de honestidad y de conciencia social.

Todos conocen su trayectoria docente y el respeto y admiración de los alumnos y los colegas.

Quique tenía un humor implacable y manejaba como pocos el sarcasmo y la ironía. Recuerdo innumerables replicas certeras ante provocaciones o agresiones.

En tiempos de la dictadura nos encontramos en un curso sobre Sociología Rural Argentina que se llevaba a cabo en una entidad de la embajada española. Eran momentos en los que nos mirábamos de lejos, nos saludábamos con gestos y sólo a la salida, y lejos del lugar, nos reuníamos para tomar un café. Allí también solía sumarse el entrañable amigo Guillermo Taboada, del Centro Editor de América Latina, quien nos permitió a Quique, a Lila y a mí en esas épocas tan oscuras publicar algunos fascículos de sus colecciones. Fue un gesto más de esta editorial ejemplar.

Cuando se creó la carrera de Antropología Social en Misiones, el Dr. Leopoldo Bartolomé me invitó a incorporarme al equipo que se estaba formando. Decliné esa oferta porque en ese momento estaba comprometido con la gestión de la UBA. Luego llegó la expulsión en masa de muchos compañeros. Tiempo después, esa propuesta fue para Enrique Martínez que estaba a punto de aceptar cuando obtuvo la beca para hacer su postgrado en CLACSO-Costa Rica. Eligió irse del país.

Esta decisión merece una breve explicación. Enrique había sido designado director del Pucará de Tilcara, que pertenece a la UBA, y cuando estaba desempeñando ese cargo sufrió amenazas y denuncias por parte de algunos



siniestros “colegas” que fueron luego totalmente funcionales a la dictadura. Por otra parte, recibió la visita en su casa de Buenos Aires de otro “colega” conocido miembro de los servicios, quien, de alguna forma, con esa sola visita ya estaba presionando al matrimonio Martínez-Sintes con alardes de sus acciones.

Hoy es muy difícil para las nuevas generaciones que entiendan cómo eran las reglas del juego de entonces. Cuando Quique decidió irse a Costa Rica y ocupé el espacio ofrecido en Misiones. Cuando llegué a Posadas fui recibido por el grupo que ya estaba instalado, le entregué una carta a Leopoldo enviada por Quique explicándole su decisión pero en la que le hablaba de mí de una manera inmerecidamente elogiosa. Fue una actitud que siempre recordé con inmensa gratitud. Por eso, cuando Quique y Lila volvieron al país hicimos lo imposible para que se sumaran a nuestro proyecto. Lo demás es una historia conocida. Muchas personas podrían escribir textos parecidos a éste, y no sólo de la Universidad, sino también del INTA donde tuvo una actuación muy destacada.

No creo en encuentros post-mortem, ni en nada parecido. Pero... ¡qué bueno fue haber conocido a Enrique Quique Martínez! y compartido tantas cosas con él. Era un ser irremplazable y, de alguna manera, seguimos dialogando sobre conversaciones inconclusas.

Lila, Soledad y Mercedes: mi abrazo más fraterno.



Universidad Nacional de Misiones

## El amigo Quique

Por Víctor Rosenfeld<sup>1</sup>

Con Enrique nos conocemos desde mediados de los años 80. En una ocasión vino al Ministerio del Agro para pedirnos algunos datos de la agricultura de Misiones y a partir de allí tuvimos largas charlas que se sucedieron en varias visitas.

En un momento, nos propuso a mí y a otro ingeniero agrónomo participar en una serie de reuniones en la UNaM, donde ya se consideraba la posibilidad de montar una Maestría en Desarrollo Rural. El proyecto finalmente no prosperó y creo que fue una de sus frustraciones, por lo que no volvimos a hablar del tema.

Poco después, me propuso participar en un concurso interno del Departamento de Antropología para cubrir las asignaturas *Economía Agraria e Introducción a la Economía*. A partir de allí fue un amigo y consultor permanente que me introdujo cordialmente en los vericuetos de la enseñanza universitaria y me llevó al encuentro de las distintas orientaciones sobre la caracterización de los productores rurales, más específicamente sobre el *campesinado*, tema que era motivo de mis desvelos desde hacía años, lo que me llevó a seguir estudiando y profundizando con su ayuda.

En muchas de esas miradas sobre el asunto en cuestión estábamos de acuerdo con Quique pero, invariablemente, volvíamos a discutir.

Ya de grandecito, me empujó para que realizara una maestría en España y fue mi director de tesis. Nos encontrábamos allí donde le gustaba, en “Sukiño”, y con uno, dos y a veces hasta tres cafés de por medio, me indicaba cómo proseguir y hacía sus correcciones. No le era fácil con un “tío” de unos 50 (V.R).

Todo esto en medio de los vaivenes de la política argentina sobre la que casi nunca nos pudimos poner de acuerdo. En el 2000, hicimos un viaje conjunto al “Jubileo de la Tierra” que proponía el Obispo Piña y que se realizó en la zona de Pozo Azul. Menudo tema para Quique ese de la participación de la iglesia, de sus sectores progresistas, en las luchas reivindicativas por la tierra.

También fuimos juntos varias veces a la Plaza 9 de Julio durante la larga

---

<sup>1</sup> Docente e investigador de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales - UNaM.



protesta yerbatera del 2002, a reuniones en el Salón Estrada al costado de la Catedral, donde esos “campesinos” (¿ricos? ¿burguesía rural?) discutían y se “confabulaban” contra el poder de turno y los grandes molineros, hasta que lograron tener una ley para la yerba mate.

Con el entusiasmo de esos días, hacia fines del 2002 elaboramos un trabajo conjunto que luego Quique presentó en las Jornadas del CIEA (FCE-UBA) donde incursionamos en los avances logrados sobre la desregulación de la yerba a partir de esa lucha. A Quique le gustó mucho tomar el análisis de las relaciones numéricas y porcentuales sobre el tamaño y evolución de los productores de yerba mate, señalaba que no en vano Lenin le dedicó especial atención a los censos en su estudio sobre el desarrollo del capitalismo en Rusia.

Participamos luego de un grupo de amigos que se reunía a conversar y discutir todos los viernes a eso de la 19 hs. en “Sukiño”; así pasaron muchos viernes que, creo, le resultaron agradables a ese amigo “un poco gruñón”, como lo retrataron sus colegas del Departamento de Antropología. Pero ello duró el tiempo que pudimos “soportar” esos amigos de ideas tan diversas que allí nos reuníamos, y lo que permitieron los cambios y polémicas que en la sociedad y la política se producían día a día.

Estuvimos juntos varios años en la cátedra de Antropología Rural, de la cual era titular; allí, luego de la unión de las cátedras de Economía Agraria y Estudios del Campesinado, fue bastante arduo encontrar una orientación que fuera de interés y sirviera a los fines de la nueva asignatura, acotando en unas pocas clases al año los temas vinculados a la economía del agro. Gran paciencia tuvo Quique en esos tiempos y sobre todo respeto y voluntad por compartir y apoyar. De a poco fuimos encontrando la unidad o relación entre los temas. Ese proceso lo sufrieron los alumnos mientras duró pero luego, por fin, logramos integrar los contenidos, y terminábamos el dictado del módulo con una clase en común, proyectando un video sobre el campesinado en Misiones y sus características, donde, por supuesto, compartíamos impresiones e ideas y, sobre todo, discutíamos.

Impresionante en sus conocimientos, fue siempre desprendido a la hora de colaborar ante las dudas o la necesidad de bibliografía. Con una gran capacidad de lectura e interpretación, ningún libro suyo dejaba de tener sus comentarios en lápiz en los márgenes de cada hoja; era un lector incansable al que se podía consultar sobre cualquier tema y no dudaba en brindar su apoyo y realizar la lectura previa de los trabajos que se le presentaban expresando su opinión sin vueltas.

En los últimos años, aunque manteníamos diferentes apreciaciones sobre los problemas agrarios que compartíamos, nunca dejamos de tomar unos cafés juntos, tener buenas charlas y discusiones, sin siquiera sospechar ni entretener que esas diferencias podían influir en nuestra relación profesional y en la enseñanza conjunta.

Bien me acuerdo cuando le tocó opinar sobre una ponencia realizada en un GERD (Grupo de Estudios Rurales y Desarrollo) donde hizo una crítica verdaderamente constructiva, pero crítica al fin, pues asumía su trabajo y rol con responsabilidad sin dejar de hacer sentir su fino y amable humor.

En resumen, Quique creó una confianza enorme sobre la sinceridad de sus



dichos y el respeto extremo de las opiniones de cada uno sin dobleces que pudieran empañar o dificultar la relación. Este valor no es tan fácil encontrar y ha generado un gran aprecio en muchos de los que lo rodeamos y compartimos parte de su vida.

U  
M

Universidad Nacional de Malones

## La cuestión agraria en clave antropológica

Por Gabriela Schiavoni<sup>1</sup>

Trabajé bajo la dirección de Enrique Martínez en 1987, en el marco de mi beca de Iniciación a la Investigación, otorgada por el CONICET. Leíamos el volumen 8 del libro tercero de *El Capital* y, si bien la discusión teórica era el eje de nuestro intercambio, Enrique se detenía constantemente en los detalles históricos del análisis de Marx calificándolos de “perlas”.

Me parece que esto ilustra las dos vertientes que coexistían en su pensamiento: por un lado, la adopción explícita de un enfoque teórico y sus consecuencias lógicas; por el otro, un interés en la diversidad y en los detalles que ese mismo enfoque teórico, puesto a funcionar de manera determinista, excluiría.

En el momento en que dirigía mi beca, Enrique todavía no había salido a hacer trabajo de campo en Misiones. Sin embargo, a semejanza del detective de Borges y Bioy que resuelve los casos sin abandonar la celda de la prisión, guiaba mis desplazamientos con sus preguntas acerca de si en la frontera los procesos decisivos tenían que ver con límites nacionales o con dinámicas relativas a la ocupación de tierras. Fue así que cambié Colonia Aurora por San Vicente y San Pedro.

En esa época circulaba mucho, y era leída con avidez, la tipología de pequeños productores de Murmis<sup>1</sup>. Este texto resulta muy afín a la síntesis del pensamiento de Enrique. Allí, la cuestión agraria aparece relativizada. Los sujetos en transición —hacia los tipos polares capitalista y proletario— alcanzan cierta estabilidad y los procesos de diferenciación interna exhiben niveles crecientes de heterogeneidad.

Nuestro colega y amigo, que había escrito en la década de 1970 esa introducción certera a la tipología del campesinado latinoamericano de Wolf<sup>2</sup>, otorgaba primacía al modelo estructural en la definición de los campesinos. Sin embargo, la cultura no desaparecía. Los que asistimos a sus clases y grupos de discusión recordamos la importancia que le asignaba a los contextos particulares en el estudio de los objetos y los procesos de trabajo.

<sup>1</sup> Docente e investigadora de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales-UNaM-CONICET.



UNaM  
Universidad Nacional de Misiones

En la lectura que hacía los detalles eran la clave y en ellos ponía en juego su exquisita erudición.

En este materialismo historicista que habitaba su pensamiento radicaba también su interés manifiesto en el libro de E. P. Thompson sobre la formación de la clase obrera inglesa<sup>3</sup> y la posibilidad de utilizar algunos de esos *insights* para la comprensión de los sujetos rurales.

Así, convivían en él un teórico fuerte y decidido, por momentos intransigente, y un etnógrafo apacible ensimismado en los detalles y en la materialidad de las cosas. Indudablemente, en esta segunda vocación su formación de arqueólogo había dejado marca.

## Notas

1 Murmis, Miguel (1991): “Tipología de pequeños productores campesinos en América Latina”, *Ruralia* n°2, pp. 29-56.

2 Wolf, Eric (1977): *Una tipología del campesinado latinoamericano*, Buenos Aires, Nueva Visión.

3 Thompson, Edward Palmer (1996): *The making of the English working class*, Nueva York, Vintage Books.



## Quique y los libros

Por Guido Diblasi<sup>1</sup>

Como muchos alumnos de las carreras de antropología y genética tuve el enorme placer de asistir a las clases del profesor Enrique “Quique” Martínez: clases magistrales, eruditas y apasionadas, llenas de memorables anécdotas. También tuve la enorme tristeza de ir a su despedida donde vi a muchos ex alumnos, de todas las edades, llorando a su profesor. Una de las impresiones más fuertes que me llevé ese día fue que muchos no sólo iban a despedirlo sino que iban a agradecer. Agradecer la generosidad de su docencia, dentro del aula y también fuera de ella; la dedicada atención en sus famosos “cafecitos” que podían durar horas, tanto de escucha como de consejos, alientos y sobre todo recomendaciones de libros, textos, autores... y más libros. Los libros eran para Quique uno de sus mayores placeres, y lo sé porque también tuve el honor de ser uno de los tantos libreros de su vida.

Entraba a la librería con su imponente barba, probablemente una pipa en la mano y preguntaba “¿Qué hay de nuevo para mí?”. Como se leía todos los suplementos culturales (o casi) y las reseñas de libros del *Le Monde* (entre otras) había que estar más que informado y actualizado para poder atenderlo decentemente. Siempre me repetía a mí mismo “tengo que estudiar por si viene Quique” para encontrarle el libro que tenía ganas de leer. Como buen antropólogo, era terriblemente curioso y obsesivo cuando se le metía un tema en la cabeza. Sus intereses iban desde el proceso de hominización, las cuestiones económicas nacionales e internacionales, la historia, la divulgación científica hasta las novelas de ciencia ficción más disparatadas. Siempre recomendaba leer y releer las novelas distópicas como: *Fahrenheit 451* de Bradbury, y *1984* de George Orwell (escrita en 1948), las cuales, para Quique, eran de una actualidad sorprendente en cuanto al control y espionaje masivo que se puede ejercer sobre la población.

Creo que detrás del placer en la lectura de tan variadas temáticas estaba el anhelo de tratar de entender el mundo y a sus particulares habitantes: los seres humanos, de los que no solía tener la mejor opinión.

Una vez charlando me dijo: “A veces un buen policial puede explicarte me-

---

<sup>1</sup> Alumno avanzado de la carrera de Antropología Social, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales-UNaM.



Universidad Nacional de Misiones

*por la realidad de un país que cualquier paper científico, pero tenés que leer los dos".* Le gustaban mucho las novelas de detectives: las del sueco Henning Mankell y su detective Kurt Wallander, las del griego Petros Márkaris y su detective Kosta Jaritos, o las del cubano Leonardo Padura con su detective Mario Conde. Hace unos días llegó una novela de Petros Márkaris que le hubiera encantado a Quique. Son esos momentos, entre otros miles, en los que su ausencia aflora y una profunda tristeza me invade con fuerza y no me queda otra cosa que recordar las maratónicas y memorables charlas que compartimos y que disfruté tanto estos años, en donde la relación personal fue cambiando de alumno/profesor, librero/cliente, a grandes y buenos amigos.

Somos muchos los que vamos a extrañar al entrañable y querido Quique.



Universidad Nacional de Matónes

# Un antropólogo multifacético: Homenaje a Enrique Martínez desde las Ciencias Naturales

Por Cecilia Lanzone<sup>1</sup>

El Magíster Enrique Ernesto Martínez fue profesor de la Facultad de Ciencias Exactas Químicas y Naturales (UNaM) durante varios años. Primero, impartiendo sus clases en la Cátedra de Antropología General, y luego, como profesor a cargo de la Cátedra de Evolución, que se dicta para los alumnos del 5<sup>to</sup> año de la Licenciatura en Genética. En los años 2012 y 2013, me incorporé como docente de la mencionada casa de estudios y tuve la suerte de compartir con él dicha última cátedra.

En este ámbito, los conocimientos y la visión del mundo del Profesor Martínez fueron muy importantes para mí y para el resto de los alumnos de Genética que traemos una formación determinista y reduccionista del mundo, la cual está condicionada por el paradigma científico en el cual fuimos formados. Su contribución más importante fue su análisis holístico de todos los temas tratados en la cursada y la incorporación de la cultura como un elemento fundamental para entender el modo de análisis e interpretación de los fenómenos evolutivos a nivel biológico, incluyendo a *Homo sapiens*.

El Profesor Martínez poseía un gran bagaje de conocimientos generales que enriquecía sustancialmente los contenidos teóricos dados en la materia. Estos fueron fundamentales para entender el desarrollo de la biología moderna considerando el contexto de las condiciones sociales en las cuales se desarrolló la teoría evolutiva. Asimismo, proponía una lectura exhaustiva y crítica de los trabajos de Charles Darwin (la cual es fundamental para un entendimiento profundo de los fenómenos evolutivos), práctica que ha sido en general abandonada por los alumnos interesados principalmente en los últimos descubrimientos científicos. En este contexto, sus exposiciones sobre la evolución biológica y cultural humana fueron fundamentales para nuestra formación y para comenzar a conocernos y entendernos a nosotros mismos.

Otro de los temas importantes y altamente sensibles para la sociedad que

---

<sup>1</sup> Docente e investigadora de la Facultad de Ciencias Exactas, Químicas y Naturales-UNaM-CONICET.



UNaM  
Universidad Nacional de Misiones

se discutían en la cátedra era el de las discriminaciones con supuestas bases científicas: el racismo y el sexismo. Estos temas son altamente complejos y requieren que además de un análisis científico riguroso desde el punto de vista biológico, sean tratados críticamente desde una perspectiva social ya que de lo contrario se cae muy fácilmente en falacias altamente perniciosas para la sociedad en su conjunto. Así, la sólida rigurosidad científica (biológica y social) con la cual nos instruyó en estos temas fue y es fundamental no sólo para la formación profesional de los licenciados en Genética sino para la formación integral de las personas que pretendemos tener una posición fundada sobre los temas que afectan a nuestra sociedad. En este sentido, recuerdo una clase en donde se generó una larga discusión en torno a los estudios que intentan relacionar el comportamiento humano con determinantes genéticos por medio de correlaciones múltiples. El profesor, en un largo y nutrido intercambio de ideas, no sólo expuso el problema de la no necesaria causalidad de las correlaciones estadísticas, sino también de la importancia de la cultura en la determinación del comportamiento humano, la cual se sustenta en la gran variabilidad observada desde los estudios antropológicos.

El intercambio de ideas con el profesor Martínez no se restringía a los temas impartidos en la cátedra. Dado su gran interés por el conocimiento en general y en su forma de generarlo, frecuentemente teníamos largas conversaciones en torno a mis temas de investigación –la evolución de los roedores–, al modo de abordar la complejidad de la realidad biológica, como así también intercambios de índole filosófica y su influencia en el modo de análisis. Todos estos diálogos nutrieron mis conocimientos e influenciaron mi manera de interpretar la realidad.

En 2014, debido a que el profesor Martínez se jubiló, quedé a cargo de la cátedra de Evolución. Desde entonces, intento transferir los conocimientos y modos de análisis que adquirí en mi formación y, en especial, los que me legó el profesor Martínez en el tiempo que compartí a su lado. Por todo lo que recibí del mismo le estaré siempre agradecida y va mi sincero homenaje a un hombre de gran honestidad intelectual, conocimientos y vocación docente.



## Quique Martínez: de Consejero de Dirección Regional en INTA a amigo personal

Por Santiago M. Lacorte<sup>1</sup>

Enrique “Quique” Martínez fue miembro del Consejo de Dirección Regional de INTA-Misiones (órgano de conducción de dicho Instituto, integrado por miembros del sector productivo, el gobierno provincial, la comunidad científica y la universidad) designado por el Consejo Superior de la UNaM como representante de la misma durante tres mandatos: 1989-1991, 1994-1997 y 2001-2004. Tuve el honor como Director Regional de contar con su participación como consejero durante los dos primeros y, seguidamente, tuve la gran satisfacción de que fuera desde ese entonces mi amigo, consejero, crítico y proveedor de ideas.

Diciendo que su desempeño en el cargo fue ejemplar no se logra definir realmente lo que hizo porque lo llevó a cabo con tal compromiso y pasión que superaba por lejos lo que se podía esperar o lo que es común. Se interesó por su función y se entregó apasionadamente a su tarea, aportó conceptos e iniciativas, mejoró cada propuesta y se posicionó siempre en su justo punto entre la entidad que representaba y los intereses del sector productivo y del INTA, y no cedió ante ninguna presión o interés que considerara inoportuno o inadecuado.

Era un hombre formado, no solamente informado. Su bagaje de conocimientos y su experiencia en otros países con pequeños productores le daba la capacidad de dialogar, argumentar y buscar siempre, ante una discusión técnica, una posición mejoradora que superaba las posiciones iniciales. Un detalle no menor: no lo escuché nunca mencionar sus títulos universitarios. Estos no eran de su propiedad sino que eran mudos testigos de su proyección social.

Al sector productivo agropecuario y forestal de la Provincia de Misiones -no al especulativo- lo estudió, comprendió y consideró por igual. Por supuesto, siempre más interesado y comprometido con los de menor escala y mayores problemas de inserción en el mercado.

Conozco solamente a dos profesionales de la agronomía que fueron asesorados por Enrique en sus maestrías. Sus tesis fueron brillantes y los conoci-

<sup>1</sup> Ex - Director del INTA, Centro Regional Misiones.



UNaM  
Universidad Nacional de Misiones

mientos que adquirieron son de aplicación diaria. Les quedó fijado a fuego el balance equitativo entre desarrollo humano, social y económico, todo dentro de un marco de producciones amigables con el medio ambiente, que intente no destruir los recursos naturales por un proceso productivo inmediato, e incluso recuperar lo destruido. Se puede afirmar aquí que realmente se conoce al maestro por sus discípulos.

Más allá de su actuación institucional, cuando tuve que tomar medidas o actuar en situaciones difíciles, como amigo no me dio consejos, sino que me brindó elementos de juicio sólidamente avalados para que la decisión fuera lo más acertada o la menos errada del caso. Lo expresado anteriormente, de que era un hombre formado y no informado, se proyecta también en otras palabras: era formador y no solamente informador. Tuve en forma incondicional su acompañamiento, sutil pero muy firme al mismo tiempo, en los momentos de soledad del cargo directivo que ejercí en su momento.

Enrique se fue, es una gran pena, pero dejó como su mejor herencia sus trabajos, su actitud de transmitir o ceder su intelectualidad, su amplitud de criterio, su reflexión previa a actuar, su amistad, todo dentro de un contexto muy humano, austero, sencillo.



Universidad Nacional de Matónes

## Enrique Ernesto Martínez. In Memoriam

Por Antonio Raúl Zamudio<sup>1</sup>

En primer lugar debo aclarar que soy de los que piensan que las personas somos en las relaciones que establecemos y, por consiguiente, cada relación revela aspectos -en algunas ocasiones coincidentes y en muchas otras contradictorios- de cómo somos los seres humanos. En tal sentido, la dimensión de amistad que me tocó compartir con Quique estaba vinculada más con cuestiones del pasado antes que del presente. Es decir, con ciertas aspiraciones forjadas al calor del espíritu imperante en el mundo y el país de los años '60 y de la primera mitad de los años '70, del que era casi imposible sustraerse. Para aquellos que atravesamos como jóvenes esa época la vida en los años posteriores supuso la sensación constante de que la expresión de las ideas podía entrañar consecuencias literalmente aterradoras. El hecho cotidiano de la muerte o desaparición del amigo, del familiar, del vecino, del colega, le otorgaban a nuestros temores una realidad contundente. Para Quique y Lila la preservación de sus vidas implicó el difícil camino del exilio y luego el también difícil retorno y reinserción.

Creí conveniente expresar esto, porque más allá de la tristeza inherente a la partida de un amigo, debo decir que lamento especialmente ésta, que se produce cuando por primera vez en la vida de aquellos jóvenes de los años '60 algunas de esas esperanzas que constituían el porvenir aspirado empiezan a encarnarse, que cierto ordenamiento que parecía utópico es retomado como metas que es posible alcanzar. Me apena profundamente que alguien como Quique nos haya dejado en un momento en el que aún podía dar mucho de sí, que nos podía aportar una perspectiva distinta, una mirada crítica o alternativa en un momento en el que podía tomar clara conciencia de los cambios que con las marchas y contramarchas propias de la historia parecen encaminarnos hacia la construcción de un sentimiento más claramente latinoamericano, de mayor dignidad y orgullo por nuestros orígenes y, por qué no decirlo también, de ese íntimo sentimiento de satisfacción que produce reconocer que la elección de ese norte no había sido equivocada. Sin dudas que pudo reconocer el

<sup>1</sup> Docente e investigador de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, UNaM.



Universidad Nacional de Misiones

rumbo de este proceso transformador que hoy vemos, pero me parece que podría haber disfrutado también viendo algo más sobre el modo en que se concretan algunas de las utopías de juventud. Son estas cuestiones las que, sumadas al hecho de compartir un mismo ámbito académico, laboral e institucional en el cual se había construido este lazo de amistad, hoy me llevan a escribir estas líneas que, por otra parte, no deben omitir un claro reconocimiento a una de las virtudes que especialmente cultivó. En efecto, creo que muchos de los que lo conocimos no podemos dejar de testimoniar la generosidad material e intelectual con la que honró su concepción de la amistad. Es por todo esto que, paradójicamente, nos entristece su partida pero nos alegra que nos haya contado entre sus amigos.



Universidad Nacional de Matónes

## Rosas rojinegras para Quique

Por Carlos J. Lettner<sup>1</sup>

Nunca había cliqueado en Facebook, ni siquiera hoy sé manejarlo bien, ni tampoco recuerdo cómo pude haber aparecido de pronto como utilizador de este medio. Hasta el día de hoy poco aprendí, lo único que tengo claro es q me dicen me insisten c/q ay q eskribir korto ao-rando la u d la q, la ach y l-mentos d otras letras xq asi se ac, dado q s es el medix i los emotikxnes son el mensaje d oi día. Pero esa vez, hace tres navidades, me atreví a cliquear por primera vez y me encontré, el 23 de diciembre de 2012, con un mensaje que cambió el curso de mi vida y que decía: *“Soy Soledad Martínez Sintés, la hija mayor de Enrique Martínez, Quique. Quisiera saber si Ud. es Carlos Lettner, el amigo antropólogo de mi padre que se dedica a la Lingüística”*.

Lo había conocido a Quique en las clases de trabajos prácticos de Lingüística, magistralmente impartidas, en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, por Pedro Albertelli, “Cuincho”, ayudante del Profesor Salvador Bucca. Recuerdo que, en un café cercano, empezamos a charlar, me dijo que se llamaba Enrique y, también, Ernesto, “como el Che Guevara”; le gustó que hubiera ejercido como maestro unos seis años en Río Gallegos y se interesó vivamente cuando le dije que estudiaba y sabía ruso; recordamos que la revista de ciencia ficción “Más Allá” había saludado la puesta en órbita del primer satélite artificial de la Tierra y, pocos años más tarde, aunque los que alunizaron primero fueron los USA, me alegró oírle decir, ese 29 de junio al encontrarlo en la calle –supe de lejos que era él por su típico andar de piteco– y preguntarle cómo iba la cosa (recuérdese que, en la época, de internet inada!, portátiles, tampoco: sólo el gran progreso de las radios japonesas a transistores), que todo iba bien: *“y es muy lindo... uno de los astronautas dijo: ‘Descendemos lentamente... se ve la superficie lunar... se levanta polvo... es blanco’”*.

Después nos vimos regularmente, en el Museo Etnográfico, en el Bar de Aníbal o en el Récord y, luego, cotidianamente y hasta altas horas de la noche, cuando pasaba a tomar un café a las dos de la mañana de vuelta del trabajo, en nuestra casa de la calle Gallo 1425, donde asimismo venían otros amigos: Luis Pinczinger, el peruano Andrés, Patricia,

<sup>1</sup> Docente e investigador del Instituto de Lingüística de la Universidad de Viena.



Universidad Nacional de Misiones

o el poeta Juan Bautista Bioy Lanusse, “Cabito”, más anarquista que Enrique.

Hablábamos mucho con Quique... de Wittgenstein (que no me gusta), del positivismo o de la fenomenología, y del tema de la hipótesis de Sapir-Whorf o principio lingüístico de relatividad, que sigo estudiando y enseñando hasta la fecha, desde hace unos años, en la Universidad de Viena.

Yo ya la había conocido a Eugenia, mi esposa, en Exactas, donde también yo estudiaba Física ya antes de entrar a la Carrera de Ciencias Antropológicas. Y, naturalmente, cuando decidimos casarnos, le pedimos a Quique y al compañero de mi hermana, Anastasio, “Luis”, que llegó a ser Director del Instituto de Cinematografía, que fueran nuestros testigos o padrinos de bodas, la cual tuvo lugar el 4 de octubre de 1968: yo digo que elegimos ese día en honor del Sputnik, pero, más bien, fue debido, sin duda, a que mi suegro, el lingüista Eugenio Coseriu, estaba de gira para dar conferencias –un viaje que lo hizo ir de Ciudad de México a Buenos Aires–, y que sólo podía asistir al casamiento ese 4 de octubre.

A Lila la conocí después y, como ella me recordó –después de entrar yo en contacto con Soledad–, al llegar a casa, en la calle Gallo, vio un cartelito pegado en la puerta de entrada, hecho sin duda por un amigo y que decía: “Carlos, Eugenia & las Letras”. Luego la vi más o menos regularmente; no me llamó la atención que se interesara por una ‘ciencia de los péndulos’ (es hija de un poeta balear), de modo que un día me hizo recostar en uno de los sillones amarillo fuerte que había en nuestro departamento y me midió con esos péndulos la actividad cerebral o algo así: cuando una conocida dijo que yo ‘era lento’, Lila la desmintió y añadió que lo que contaba no era eso.

Los días argentinos ya eran turbulentos. Mi esposa y yo obtuvimos becas y patrocinios de Francia, con los cuales viajamos en 1974 a Aix-en-Provence (una maravilla), donde, luego de haber nacido nuestra hija Laura Eugenia, nos doctoramos en Física Teórica, Eugenia, y yo en Lingüística General, además de obtener los magister de Etnolingüística y de Semiología (y no dejar de mencionar que mi director de tesis y estudios fue el Profesor Georges Mounin).

Pero antes, y aunque ya había entrado en contacto con mis mejores amigos, me enteré, sin embargo, que Quique y Lila se habían casado y, al poco de estar en Francia, recibí dos notas exactamente iguales, una desde Ciudad de México y otra desde Londres que decían: “*Moderá el tono de tus cartas o, mejor, no escribas más. Vivimos una situación peligrosa. Una amiga de Quique*”; y creo recordar que fue en Orán, Argelia (donde fuimos a trabajar después de habernos presentado y ganado un concurso internacional para enseñar en la Universidad), donde alguien me comentó que Quique y su familia habían desaparecido... quizás haya sido Elsa Galeotti, la directora de la biblioteca del Museo Etnográfico.

Cuando más tarde quisimos regresar, el Decano de Filosofía y Letras me escribió: “*¡No amigo, ¡espere!, desensille hasta que aclare... es muy peligroso... otra cosa no me haría pero austríaco sí, no se olvide que Austria es el AEIOU*”: *Austria Erit In Orbe Ultima*, Austria habrá de ser la última en



el mundo, el lema del Imperio Austro-Húngaro, en el que nació mi padre, que se llevó la Gran Guerra. No me hice austríaco, tampoco mi familia, sino que heredé, por el derecho de *jus sanguinis*, la nacionalidad de mi padre, un ingeniero de Alta Austria que, a mediados de los años 30, decidió ir a la Argentina, conoció a mi madre, Isabel, Lila de sobrenombre, y donde, después de efectuar importantes obras, murió a los 45 años.

Pero esta es ya otra historia, una historia que hizo que, después de muchísimos años, al llegar yo a Buenos Aires me encontrara con Quique, quien, siempre con su movimiento pitecántropo, me vio de lejos, se me acercó y me dijo: “*Ahora, aquí, los hombres se dan besos*”, y me dio dos a la francesa (pero no franceses); me invitó, con sus hijas -que conocí ahí mismo, así como a Fred- a comer asado con chinchulines; y luego, fuimos a lo de Soledad.

Cuando les conté que a Lila le gustaba el tipo de la propaganda del café, *Juan Valdez*, Mercedes cliqueó, observó y dijo: “*Que mal gusto tenía mamá*”, yo me abstuve de decirle que el tipo en cuestión era parecido al Quique de los años en que éramos estudiantes de antropología.

Más tarde, en ese primer día en la ciudad en que nació, las chicas y Quique me llevaron a uno de esos negocios que venden productos de belleza, *Pharmacy* creo, y las nenas me compraron crema de afeitar último modelo, jabón líquido de diferentes gustos, dentífrico de sabor variado y tres champús, de banana, huevo y coco, otro de frutilla, palta y mango, o aceite de oliva con aceite de tortuga, y no sé qué más, óleo de delfín... de salsa golf o mayonesa... creo que no, quizás de ketchup o salsa perrins, pero no sabría decirlo.

Es que estaba, sin duda, emocionado y era como si hubiera pasado un día desde que nos vimos por vez última, no sé; y entonces, llegó la noticia de que había caído enfermo. Poco antes, me había corregido dos veces: que no había seis horas de diferencia entre Viena y Buenos Aires sino cuatro “*dado que allí es la misma hora que en Berlín*”; y que el que dijo que para lograr algo en la ciencia o en la técnica hace falta 1% de inspiración y 99% de transpiración, no eran Einstein ni Darwin, sino... ¿Edison?... (Yo le agregué un 1 y 1/2% de suerte, también, un 1% de tarro). Además, le preocupaba una especie de posible fragmentación antropológica en nuestro país.

Bueno, luego murió, hubiera querido verlo de nuevo en mi próximo viaje a la Argentina, adonde llego a fines de marzo de este año. Al recibir la noticia de su muerte, acababa, exactamente en ese momento, de escribir un trabajo en castellano, para los estudiantes y colegas de aquí y de allá, sobre el lenguaje, el positivismo y el método, que se lo dediqué, extrañamente sereno, a él, in memoriam, al amigo y antropólogo del que la historia reciente de la patria me separó mucho tiempo; en la ceremonia de despedida le pedí a Lila y a las hijas que pasaran también por la casa de la calle Gallo, que no se olvidaran de ese tiempo formador de nuestros destinos que, en definitiva, fue para bien; ya allí, entonces, dejaron algunas cenizas y flores negras y rojas.

Me representó mi hermana quien, por mi pedido, compró rosas rojas, algunas de cuyas partes tiñó cuidadosamente de negro; flores que echó con las cenizas en el Río de la Plata; no bien terminó este acto, tan triste, me contó de inmediato mi hermana que, hacia el final, apareció en las aguas un patito negro con pico rojo que con un cantito los despidió a todos.



